

Religieuses de l'Assomption
Maison Généralice
17, rue de l'Assomption
75016 PARIS

Capítulo de Navidad 2014

París, 18 de diciembre de 2014



“A vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminará un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra; saldréis y brincaréis como terneros que salen del establo” (Mt.3, 20)

**Viene a visitarnos un sol que nace de lo alto:
Jesucristo, estrella luciente de la mañana**

Queridos/as amigos/as, queridas hermanas,

Después de más de un mes de visita a la Provincia de Asia del Sudeste, acabamos de regresar de Filipinas, último país visitado y lugar de celebración de la clausura de la visita. Gracias por vuestra oración que nos ha acompañado y que han sostenido al pueblo filipino durante el paso del tifón Ruby, casi al mismo tiempo que el Yolanda año pasado, pero con mucho menor daño. Damos gracias a Dios por ello.

Os escribo hoy para compartir con vosotros una palabra del Benedictus que me habita, me interpela y me anima desde hace algunos meses: *"por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz"* (Lc 1, 78). Estos versículos, rezados cada mañana, resuenan en mí como deseo

Capítulo de Navidad 2014 - 1

y cuestionamiento ante la realidad: lo que dicen es verdadero, pero no es evidente. Estas palabras nos invitan a reconsiderar el conjunto de este bello himno, que iluminan de manera admirable.

El Niño que viene en Navidad ¿no es el sol que viene de lo alto? Lo precede otro niño, Juan el Bautista, el profeta del Altísimo, que viene a anunciarlo y a preparar sus caminos: *"Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos"* (Lc 1, 76).

El sol que nace de lo alto es la aurora que se alza, la estrella resplandeciente de la mañana. Su venida es manifestación de la infinita ternura de Dios para con todos sus hijos, sobre todo para aquellos que todavía se encuentran en sombras de muerte: un "Sol de justicia", nos dice el profeta Malaquías. Él viene a traer la tan deseada Salvación, viene para que se realice la justicia y se establezca la paz.

1- La espera de la Salvación

Vueltos hacia el Sol de Justicia

Al acercarse la Navidad, esperamos la Salvación que Dios nos concede en su Hijo, el Salvador esperado. Lo esperamos ardientemente junto con nuestros hermanos y hermanas y aún más especialmente con todos los pueblos que caminan en estos momentos, en la oscuridad de la guerra, del miedo, de la enfermedad y de la muerte; Esperamos la Salvación con los familiares de los que han sido secuestrados, torturados y asesinados, de los que están lejos de su país porque se marcharon en busca de una vida mejor para ellos y los suyos. Esperamos la Salvación para todas las personas, víctimas de las esclavitudes modernas que sufren muchos de nuestros países.

Creemos que el sol de lo alto viene a iluminar con su benéfica claridad nuestras vidas personales y la vida de todos los que viven en tinieblas y en sombra de muerte: *"El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; y sobre los que habitaban en tierra de sombras, una luz les brilló."* (Isaías 9,1)

La venida cercana de la Navidad despierta nuestro deseo de justicia para todos aquellos hacia los que nos guía la contemplación del Sol Naciente; porque volviendo nuestros corazones a Él, se nos invita también a volverlos hacia los demás.

¿Qué significa "esperar la Salvación", "desear la Justicia"?

Nuestra espera no puede ser pasiva porque la Salvación y la justicia no vienen de fuera ni desde el exterior. "El sol que viene de lo alto" ha elegido su morada en nuestro ser interior. Él viene a visitarnos desde dentro, para que podamos ponernos en camino. Viene a nosotros para que lo busquemos todavía más, a través de la experiencia y de la práctica de la justicia en la apertura a los demás, anteponiéndolos a nosotros mismos, queriendo lo mejor para ellos y deseando primero su bienestar. La justicia de Dios no viene como una explosión que se esparce por todas partes, se presenta como la suavidad de un amor que engendra luz; viene como fuego que prende gradualmente, como el suave murmullo de una brisa que nos visita desde dentro, como un agua benéfica que fluye, nos penetra, nos rehace profundamente y nos impulsa a actuar. La justicia es portadora de frutos de ternura a través de nuestras acciones, nuestras actitudes, nuestros gestos hacia los demás, especialmente hacia los que viven en mayor necesidad.

Sí, el verdadero Sol de Justicia ya ha llegado; Volverá para habitar en nuestros corazones y hacerse transparencia en nuestras vidas. Su presencia, como sugiere el Padre Varillon, es una invitación a vivir con una *"una mano sobre la belleza del mundo, y la otra sobre el sufrimiento de la humanidad y los dos pies en la responsabilidad del mundo presente"*¹

El sol que nace de lo alto nos invita a la verdad

Si deseamos la Salvación, es porque Él, el Salvador y el Sol de justicia, nos ha deseado desde siempre. En Navidad, entra en nuestra realidad con sus sombras y sus luces. Niño-Dios, pero niño que desenmascara nuestro deseo de poder y nos recuerda nuestra necesidad de Salvación. Como tiempo de verdad con nosotros mismos, la acogida de su luz nos revela nuestra pobreza que, aceptada, se convierte en lugar y manantial de gracia, oportunidad para dejarnos guiar, sin querer controlarlo todo, dirigirlo todo (el tiempo, el espacio, los demás...). Esta pobreza se expresa en nuestros votos que *"ponen el acento en la atención orientada hacia el prójimo desde un estilo de vida sobrio y desprendido y sobre un amor respetuoso que cree en la fuerza del encuentro con los demás."*²

Por su fragilidad, el niño de Navidad evoca necesidad de ayuda y de atención, y por lo tanto necesidad de los demás, presente en cada uno de nosotros. Nos llama a la compasión, a los gestos de ternura, a la hospitalidad y a la preocupación por los demás. Su presencia nos pone en estado de discernimiento. ¿Cómo hacer de la Navidad una manifestación de amor, de apertura, de acogida, de compartir para hacer felices a los demás? ¿Cómo podemos hacer visible y palpable nuestro deseo de justicia en esta Navidad?

Hemos escrito y nos gusta decir que *"queremos vivir sencillamente para que otros puedan sencillamente vivir."* ¿Qué significa esto para cada uno de nosotros en particular y muy concretamente para nuestro mundo consumista?

2- El precio de la justicia

Llamados/as al discernimiento

Muchas mujeres, hombres, jóvenes y niños viven en busca de pan, de dignidad, de justicia y de paz. A menudo, pensamos que no podemos hacer gran cosa frente a las grandes injusticias sociales, frente a " las estructuras de pecado" e incluso frente a situaciones menos complejas cercanas a nosotros. Pero tal vez sin ser conscientes nos hacemos cómplices de ciertas injusticias, a comenzar por lo que vivimos en el círculo de los que nos son cercanos y de nuestras comunidades. Nuestra justicia es muy diferente de la de Dios y nuestros pensamientos están lejos de los suyos, se necesita poco para no pasar nunca del deseo de justicia a la actuación que lo lleva a cabo. "Una especie de alienación" nos afecta a todos, dice el Papa Francisco: *"A veces somos duros de corazón y de mente, nos olvidamos, nos entretenemos, nos extasiamos con las inmensas posibilidades de consumo y de distracción que ofrece esta sociedad"*³.

¹ VARILLON François, *Beauté du monde et souffrance des hommes*, Ed. Centurion, p.320 E

² HAERS Jacques, *Vivre les vœux aux frontières*, Ed. Lessius, p.25

³ Papa Francisco, La alegría del Evangelio nº 177

Por otra parte, de manera inconsciente sin duda, querríamos todos ser ganadores y eso puede hacernos perder de vista a todos aquellos que ignoran sus derechos o que no tienen ya el coraje de luchar para conseguirlos.

Nuestra necesidad de complacer a los demás puede también conducirnos por caminos tortuosos de mentira y de injusticia bajo todas sus formas.

Reconsiderar nuestra existencia a partir de la llamada a vivir una forma de justicia, exige que tomemos conciencia de nuestras resistencias para escoger determinadamente el campo de la justicia. Las injusticias flagrantes del mundo, sacadas a la luz por la venida del Sol de Justicia, pueden conducirnos a un camino verdadero de conversión y a la fidelidad a nuestra vocación. Un tiempo de discernimiento comienza, un tiempo en el que debemos tratar de reconocer lo que es bueno, lo que corresponde a la voluntad de Dios, lo que le agrada (cfr. Rm.12,1-2)

El camino de la Fidelidad

Si la justicia nos atrae aunque no siempre provoque nuestro compromiso concreto, es, probablemente porque vislumbramos el precio que hay que pagar. Juan Bautista, mensajero de la justicia de Dios y precursor del Justo por excelencia, abrió el camino. Su misión lo llevó a morir por la justicia, es decir, por Cristo, el único verdadero Justo. No escapó a la suerte que sería reservada a Aquel cuya llegada había venido a anunciar. Lo adelantó una vez más con su elección de vivir la fidelidad a Dios en lugar de complacer a los seres humanos, atreviéndose a decir la verdad a Herodes (Mt 14, 4) y a predicar la conversión a la multitud en el desierto (Mc 1, 4). Su vida fue la expresión de una verdad, la del sentido de la vida, una verdad que San Pablo explicitará más adelante, diciendo: "Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, para el Señor morimos. Por lo tanto, en la vida y en la muerte somos del Señor." (Rm. 14, 8)

Esta experiencia no es posible sin un profundo y probado amor por Cristo, una fe confiada en la Palabra de Dios y una esperanza desmesurada en que el cambio es posible y la conversión indispensable.

Esta "esperanza más allá de la esperanza" supera nuestras propias incoherencias, como en el caso de San Pedro, que, después de haber confesado que Jesús era el Mesías, quiso evitarle la Pasión. Pedro experimentará que para seguir a Jesús, debemos negarnos y abrazar la Cruz. Tal vez, como él, no queremos que Jesús sufra la Pasión, porque a nosotros mismos nos cuesta sufrir.

El precursor anuncia la visita del sol que viene de lo alto, por sus acciones y por su vida tanto como por sus palabras; nos exhorta a acoger una idea más justa de la justicia, a esforzarnos por ser coherentes y a enfrentar con valentía las consecuencias de nuestras opciones.

¿Qué justicia?

La justicia es la expresión de la sabiduría divina. Además el Libro de la Sabiduría inicia con estas palabras: "*Amad la justicia, vosotros los que gobernáis la tierra; pensad rectamente ante el Señor y buscadlo con sencillez de corazón*" (Sab. 1,1) Pero, ¿cuál es esta justicia que debemos perseguir con todas las fuerzas de nuestro corazón?. La justicia de Dios es aquella del Buen Samaritano que se deja conmover por la situación de la humanidad (Lc 10, 25-30). Es también aquella del Maestro que contrata en cualquier momento de la jornada y da el mismo salario a los primeros y a los últimos jornaleros (Mt. 20, 1-16). La justicia de Dios, que hace de nosotros sus hijos, se reconoce porque "*hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre*

justos e injustos” (Mt. 5, 45). De esta justicia, todos nos beneficiamos amplia y gratuitamente, sin ningún mérito de nuestra parte. ¡Más aún! Mientras éramos aún pecadores, Cristo ha muerto por cada uno/a de nosotros, haciéndonos justos por su gracia. Así, nos ha reconciliado con Él, nos ha salvado para que tengamos parte en su vida. Y esta justicia de Dios, dada por la fe en Cristo Jesús, se ofrece a todos los que creen, sin excepción (Cf. Rm. 5,8; Rm 3, 22, 24). La justicia divina es gratuita, don y misericordia. Jesús, Luz del mundo, nos llama a “vivir como hijos de la luz” (Cf. Ef 5, 8; Mt 5, 14), es decir a reflejar el resplandor del Sol de Justicia, llevando al mundo las chispas de este derroche de luz hacia nuestros hermanos y hermanas. Como Juan el Bautista, debemos ser testigos de la luz y artesanos de la paz

3. El trabajo por la paz

Buscar incansablemente la paz

No podemos pasar por alto el hecho de que hay una relación entre la justicia y la paz: “justicia y paz se besan (S. 84,11). La paz que buscamos es aquella que permite vivir una fraternidad verdadera y liberadora. En el Mensaje No. 47 por la Paz y el primero de su Pontificado, el Papa Francisco presentó la fraternidad como “fundamento y camino de la paz”. En su segundo mensaje, insiste sobre el hecho de que ya no somos “esclavos, sino hermanos”.

Ya en su exhortación sobre La Alegría del Evangelio, el Papa Francisco nos hacía esta llamada: *A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente*⁴. Es una llamada a acoger a toda persona como un hermano o una hermana, en su plena dignidad, con toda justicia y caridad.

La opción que hemos hecho en Congregación de vivir la comunión como “una manera de ser, de vivir nuestras relaciones y de actuar con otros” nos compromete incansablemente a ser mujeres y hombres de paz, como nos invita el salmista: “busca la paz y corre tras ella...” (S.33, 15)

Nosotros podemos abrir caminos para la paz, viviendo el perdón, la compasión y la misericordia.

Vivir la misericordia

La venida a nuestro mundo del Hijo de Dios es la prueba de su gran amor por nosotros: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino tenga vida eterna” (Jn 3,16). La radicalidad de su amor debe alimentar en nosotros un corazón de misericordia, capaz de ofrecer y pedir perdón a otros, y entrañas sensibles al dolor del prójimo y a los sufrimientos de nuestro mundo.

Sólo el amor de Dios puede darnos la fuerza de manifestar la ternura. Así nos prepararemos a acoger a Aquel que viene, en nuestros corazones, comunidades, familias, que se convierten de este modo en hogares de caridad. “Cuando nuestras comunidades llegan a ser morada de Dios, cuando se convierten en signos de esta Presencia transformadora en el mundo, cuando son lugares de perdón y de paz, llegan a ser también lugares profundamente humanos de profecía y sabiduría.” (Cr. Ficha sobre la Comunión, Capítulo General 2012

⁴ Papa Francisco, La alegría del Evangelio, no. 99

La comunión se fortalece por la reconciliación, el esfuerzo por construir la unidad, por nuestras palabras, nuestra mirada, nuestras actitudes.

Reflejar el resplandor del Sol

Si Cristo es verdaderamente nuestro Sol Naciente, escucharemos la llamada de Pablo a brillar *“como estrellas en el mundo, manteniendo firme la palabra de la vida”* (Fil 2, 15-16). Cristo, Sol de Justicia, podrá brillar intensamente a lo largo de su camino entre nosotros: *“Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8,12) ¿Queremos acoger esta luz?

Es lo que podemos desearnos unos a otros; que la luz de Navidad no sea la de una noche sino que resplandezca por la eternidad, a través de los pequeños destellos que podemos ofrecer, ciertos de que la Justicia de Dios es inmortal (Sb. 1,15).

Acoger el Sol de Justicia ¿no es también creer en la novedad de Aquel que viene y que triunfará sobre el mundo? Él es capaz de cambiar nuestra tristeza en júbilo, nuestro sufrimiento en alegría. El gran Sol de Justicia manifiesta todas las pequeñas luces a las que debemos prestar atención. Los Magos encontraron al Niño en Belén porque contemplaron las estrellas...como si hubieran percibido los efectos secundarios de esa inmensa luz, incluso antes de encontrar su fuente. Dejémonos conducir también nosotros, de estrella en estrella, hacia Aquel que tiene el poder de cambiar definitivamente nuestras vidas, *“la estrella luciente de la mañana”* (Ap. 22, 16) Aquel cuya venida anuncia una nueva aurora.

La venida de Cristo en la carne reorienta nuestras existencias hacia su fin original, nuestro único proyecto: ser a imagen y semejanza de Dios, volvernos cada vez más humanos, siendo hombres y mujeres de justicia y de paz. Y Santa María Eugenia tendría derecho de preguntarnos: *¿Trabajas verdaderamente para ser semejante a Jesucristo? Tus esfuerzos se orientan a ello? Es esto lo que ocupa los sueños de tus noches y los pensamientos de tus días? Es el objeto de todos tus deseos, de todas tus ambiciones, de tus preocupaciones y reflexiones?*⁵ ¿Llevas siempre en ti este deseo de Luz, que es deseo de Justicia? Esta pregunta resuena con fuerza en este año de la vida consagrada, sobre el que volveré a lo largo del año 2015. Ella tiene eco también en el contexto del quinto centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. Con los y las Carmelitas y todos aquellos y aquellas que viven de la espiritualidad carmelitana, glorificamos a Dios por el don de esta gran Santa en la Iglesia. El Sol de lo alto se manifiesta a través de cada una de las estrellas que reflejan su luz: Teresa de Jesús forma parte de esta constelación de testigos luminosos que han brillado como guías de la vida religiosa, hasta nuestros días. Para Santa María Eugenia, Teresa fue una fuente de admiración e inspiración, una estrella que marcó nuestra vida contemplativa con un color carmelitano. Que la memoria de su camino de santidad nos fortalezca en el don de nosotras mismas por los otros, nosotras que somos de Dios. Que ella nos acompañe para que podamos dar a conocer más y mejor la belleza de la vida consagrada, particularmente en el transcurso de este año. Porque en Él, el Sol, todo se encamina hacia su belleza, permitiendo que la alegría abrace por fin la tierra. ¡Nosotras somos testigos de ello!

¡Feliz fiesta de Navidad y un santo año 2015!

S. Martine Tapsoba
Superiora General

⁵ SANTA MARÍA EUGENIA DE JESÚS, Instrucciones de Capítulo del 21 de febrero de 1875